

Matrimonio, romanticismo y subjetividad en los años noventa

Daniel Del Castillo C.

Los cambios actuales en las sensibilidades y en la cultura tocan también al amor, al matrimonio y a otros espacios de los afectos y la subjetividad. La institución matrimonial y los proyectos de pareja a largo plazo se han debilitado, pero el ideal del amor romántico parece más fuerte que antes.

Las estadísticas y los informes sobre el tema nos muestran que los matrimonios en el mundo occidental vienen disminuyendo, que se expanden múltiples formas de cohabitación, se amplían las posibilidades para diversos tipos de experiencias -y experimentos- sentimentales, e incluso se abren caminos alternativos -no conyugales- de formar familia. Parece ser que las imágenes, ideas y afectos que la institución matrimonial lograba movilizar se encuentran en momentáneo declive.

Y es que la búsqueda personal del hombre de nuestra época pasa por experiencias autoexpresivas un tanto refractarias a los «sólidos proyectos de pareja» comunes al escenario de hace treinta o cuarenta años. La idea del amor romántico tiene tanto o más vigor que antes, pero, paradójicamente, no coadyuva -al contrario pareciera desalentar- los compromisos de largo plazo. Además, otros espacios afectivos y sociales, no conyugales ni familiares, son revalorados y puestos a veces en primer plano; sobre todo en el discurso cultural de los últimos años. Asistimos pues a cambios en los individuos y sus proyectos, a nuevas sensibilidades.

Amor, amistad

Por ejemplo, en cuestión de sentimientos nuestra época -sería mejor decir sus expresiones menos comercializadas- parece reivindicar la figura de la amistad con una fuerza mayor que en décadas pasadas y un tanto en detrimento -sin llegar, por supuesto, a desplazarlos- de los sueños de pareja. Mientras que hace veinte o treinta años el matrimonio ocupaba el lugar central a la hora de diseñar el camino personal, hoy las imágenes y los discursos más intensos y críticos empiezan a hablarnos de los amigos y amigas, la pequeña comunidad -no adscrita, como la familia, sino adquirida, es decir elegida-, los «patas» y socios, como los depositarios de los afectos, las seguridades y las lealtades más importantes para salir adelante en el laberinto moderno.

La llamada «generación x» -jóvenes en los veinte- así lo estaría expresando. La soledad del

escenario urbano es neutralizada más con el afecto -quizá no tan intenso pero sí menos tensionante y más cálido- de los amigos, que con la confianza en un compañero o compañera incondicional (compañero que, no obstante, se sigue esperando y soñando).

Viene a nuestra mente una película de gran impacto a principios de los noventa como **Thelma y Louise**. Allí asistimos al viaje extremo de dos mujeres que, en su huída por interminables carreteras -perseguidas como están por la policía-, van fundando un proyecto común por fuera de las imposiciones masculinas y los sueños domésticos americanos. Poesía de la amistad que deviene en discurso de la libertad: la película acaba con la escena congelada de ellas dos volando -literalmente- por los aires. O, más recientemente, **La boda de Muriel**, donde una mujer obsesionada con casarse termina al final reivindicando la amistad como la verdadera fuente de alegría y entrega humana.

Pero también nos viene a la cabeza esa dificultad del cine, por ejemplo americano e inglés, para reconstruir en el escenario actual el mundo, los valores, la ética y estética del matrimonio romántico -o mejor dicho de la aventura íntima y social que termina en matrimonio romántico-, y el tener que remitir al espectador a un espacio y un tiempo otro -casi utópico-, como el que para el imaginario europeo representa el siglo pasado. Las **películas de época**, tan de moda en estos años, como **La edad de la inocencia** o **Sensatez y sentimientos** así lo estarían mostrando.

El aura de la institución matrimonial se encuentra pues un tanto debilitada. Hasta los años 60 Occidente reconocía a éste, el matrimonio, como único eje posible en torno al cual se podía estructurar una vida. La imagen burguesa del mundo todavía se enseñoreaba a pesar de tantas revoluciones y guerras. Pero al hacer esto se estaba en realidad desconociendo, o condenando a una sutil marginalidad, toda esa inmensa gama de situaciones distintas a la unión conyugal que formaban parte también de la vida de cualquier gran urbe. Hoy las imágenes y caminos se complejizan y amplían.

Hasta en las series de televisión más inocuas aparece cierto discurso crítico: el tema de la mujer que luego de una larga convivencia matrimonial -y afrontando un período de crisis y vacío- se da cuenta de que no debió haber abandonado sus amistades juveniles, aquellas de la escuela y la universidad, y que al hacerlo en realidad se «despersonalizó», se encuentra bastante difundido.

Amor y cambios en la subjetividad

Pero los «proyectos de pareja», estables, de largo aliento, se enfrentan hoy, además, a cambios importantes ocurridos a nivel de las subjetividades. La difusión del psicoanálisis y del vocabulario de la introspección psicológica más allá de los ámbitos profesionales y académicos, hasta formar parte de un cierto sentido común o de un conjunto de «ideas de la vida»; la aceptación más o menos generalizada de algunos postulados básicos del feminismo;

la actitud más compleja del hombre de hoy hacia su propia interioridad; todo ello ha llevado a una transformación de la experiencia romántica y de las expectativas frente al «otro pareja», que resultan fundamentales.

El sociólogo Robert Bellah llama a esto «actitud terapéutica» hacia el amor¹. El hombre común de postrimerías del siglo veinte ha venido explorando y construyendo su espacio interior como nunca antes lo había hecho. Ha venido elaborando sofisticados relatos sobre sí mismo -su biografía- dentro de los cuales también el «relato del amor» cobra sentido.

El amor, entonces, se encuentra tensionado entre su significado más social (aquél tan difundido entre nuestros abuelos y padres), es decir ese conjunto articulado de ideas, sentimientos y voluntad que ayudaban a generar vínculos estables -las familias- en torno a los cuales crecían los miembros de una comunidad, y su significado más individual: parte de un proyecto personal, búsqueda del «verdadero yo», relato subjetivo que busca confirmación en el «otro», desarrollo interior, gratificación psicológica.

Significado éste que, por supuesto, resulta más expuesto a las vicisitudes, a los vaivenes de la experiencia interna con su buena dosis de confusión, de cambios inesperados. Lo fundamental es en este caso que la conexión con el otro pareja forma parte de un avance en la exploración interior, así como uno mismo forma parte del proceso de exploración interior del otro. Cuando por alguna razón deja de haber esa suerte de «sintonía exploratoria», cuando uno deja de ser «comprendido» por el otro, la relación se debilita y puede -si no intervienen otros factores- terminar.

Es fácil adivinar que dentro de este marco las bases para cualquier proyecto duradero se hacen más frágiles.

Es cierto que el amor siempre fue más o menos refractario al encasillamiento matrimonial, y que durante todo el siglo pasado actuó como elemento revolucionador de costumbres y ataduras patriarcales. Pero de alguna manera se había llegado a una solución de compromiso entre el lazo social -y todo su componente tradicional- por un lado, y la búsqueda individual -el espacio de la persona-, por el otro. Ya desde inicios de siglo se veía con mala cara esos matrimonios arreglados por los padres, donde los jóvenes -sobre todo la mujer- resultaban víctimas de un atropello.

Pero esa solución de compromiso resultó siendo cada vez más insuficiente; se fue desgastando hasta hacer entrar a la institución entera del matrimonio en crisis. El mundo de la posguerra todavía alcanzó cierta estabilidad en ese sentido: la familia prototípica en la que se

¹ Robert Bellah y otros, **Habitos del corazón**. Madrid, Alianza Editorial, 1985.

encontraban mágicamente combinados la autoridad con el amor, y donde siempre había respuestas a las inquietudes de cada miembro de la familia, todavía se ve en series de los años 50 («Papá lo sabe todo», por ejemplo).

Pero los 70 y los 80 ya conocerán otro clima espiritual. Pareciera ser que todas esas subterráneas transformaciones culturales que el siglo había venido produciendo -desde Freud, pasando por las vanguardias artísticas y sociales de los 20 y 30- hubiesen saltado de pronto en los 60 capturando el imaginario y el espíritu del hombre común ilustrado y sus proyectos: la mirada sobre sí mismo.

Entonces los relatos del sujeto empiezan a coincidir cada vez menos con los relatos sociales -al menos con aquellos que establecen un vínculo importante con la tradición. Y llegamos así a que los múltiples caminos de la subjetividad, las búsquedas emocionales del individuo de hoy, parecen no poder ser abrigados por la vieja institución matrimonial. De ahí los desbordes permanentes, los intentos de construir formas alternativas, los experimentos. De hecho, algún tipo de nueva estabilidad a ese nivel se alcanzará alguna vez, pero no nos es dado todavía verla.

* Sociólogo. Profesor del Departamento de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Católica.

1. Robert Bellah y otros: **Hábitos del corazón**. Madrid: Alianza Editorial, 1985.